

Convinieron en la hora y contraseñas de la segunda entrevista y Pico atravesó, no sin algún temor, el patio y se encaramó á su ventana, llamando á Alí, quien á su vez debió sentir ya la separación de su nuevo amigo.



### CAPÍTULO III.

EN EL CUAL SE DAN MÁS NOTICIAS  
DE D. PEPE GARCÍA Y DE OTRAS VARIAS  
ATROCIDADES.

**D**ESDE que se iniciaron las fiestas en Santa María del Río, D. Pepe García tenía un quehacer extraordinario: él dirigió la formación de la plaza de toros, que consistía en un gran cuadrado formado con vigas; él distribuyó las localidades, él mandó por el ganado, ajustó la cuadrilla de toreros, é hizo todos los pagos, como recaudador y tesorero de la junta

instalada con objeto de celebrar la fiesta anual.

No había familia del pueblo que no conociera á D. Pepe García, y á él se ocurría en todas las dificultades y en todos los tropiezos.

D. Pepe no era casado, y lo que se podía llamar su familia lo representaba dividida en diputaciones en varias casas del pueblo.

Las señoras H..... recibían de él una pensión: el jovencito L..... recibía un semanario y estaba estudiando en un colegio de San Luis Potosí: la tienda del Águila Mexicana estaba intervenida por D. Pepe, representante de unos acreedores. Á estas serias y ostensibles intervenciones había que agregar otras, que se comentaban bajando la voz; como por ejemplo: si el lujo de de las N.... no tenía otra procedencia que los regalos de D. Pepe, y si el marido de *la Chata* tenía buenos caballos y otras cosas sin tener destino, y todo por la buena amistad que tenía con D. Pepe; ó bien se mur-

muraba con la reserva y medida de la murmuración en confianza, de si el pueblo no se libraría, en toda la vida, de su juez letrado que tantas lágrimas había hecho derramar á muchas infelices, mientras D. Pepe estuviera en el pueblo, porque como eran compadres y llevaban tan buena armonía, no había esperanza.

Decíase también, que el Ayuntamiento era obra exclusiva de D. Pepe, porque allí estaban Regino el huérfano y el hermano de la tiñosa, (que nadie sabía cómo podía gustarle á D. Pepe); y los dos Pedros, de quienes se sabían bien los antecedentes, el otro con causa pendiente, y dos sobrinos del mismo D. Pepe, los Garcías, complicados en el negocio aquel del juzgado 1.º

En la junta de instrucción no se hacía más que lo que D. Pepe quería que se hiciera; al grado de que habiéndose opuesto muchos vecinos en la cuestión de la enseñanza del Catecismo del padre Ripalda, ganó D. Pepe, y era muy natural, porque allí están su suegro y los dueños del terre-

no de las huertas, el marido de la Chata y dos compadres suyos.

—Si es el puente, decía un vecino, por más que se diga, á D. Pepe se debe que no se haya seguido, por aquella cuestión con los huachichiles, pues aunque él diga lo contrario todos sabemos como estuvo el negocio.

—¿Y dónde me deja V. el negocio criminal del otro día? decía un leguleyo. Figúrese V. un asesinato perpetrado con premeditación, con ventaja y alevosía, estando contestes los testigos, estando la razón por parte del occiso, quedando una familia á un pan pedir, y ahí tienen ustedes al asesino paseándose.

—¿Cómo? *el Pelón* anda libre?

—Vaya, sobre que es el que está poniendo el teatro!

—Estará bajo de fianza.

—Yo no sé, pero ahí tienen ustedes al Pelón.

—¡Qué escándalo!

—Si le digo á V., compadre, decía el le-

guleyo, que lo que vemos en los pueblos es para taparse los oídos; yo he querido ir á México y ver á esos señores ilustrados que escriben en los periódicos, para contarles lo que aquí pasa.

—No conseguiría V. nada; y si no, ya ve V. lo que sucedió con aquella representación tan justa, acerca del agua. Nos hicieron gastar el dinero, costó más de doscientos pesos entre mozos que fueran á San Luís, y la impresión de los cuadernos y la representación, los comunicados y todo lo demás; y cuál fué el resultado? que como se atacaban los intereses de D. Pepe, y ya fallado el asunto, todo se ha vuelto á quedar en tal estado; y ahí lo tiene V. usando del agua con perjuicio de toda la población.

—Y sobre todo, siendo rémora para una mejora que reclaman el adelanto del pueblo y los legítimos intereses de sus habitantes.

—En todo es así! exclamó el interlocutor del leguleyo, que era un personaje ma-

gro envuelto en grasientas ropas y arrebu-  
jado en un capote; ya lo ve V., en cuanto á  
moralidad.....

—¡Ah! no me diga V., no me diga usted,  
sí ¡la moralidad no la conoce D. Pepe ni  
por el forro!

—¿Ya sabe V. lo de Gualupita?

—Como lo de la hija de mi comadre Te-  
resa.

—Sí, hombre.

—¿Pues qué, ya?

—Hum! si ya eso es viejo.

—Con que al fin.....

—Lo sé, porque el novio ya se fué.

—¡Pobre hombre! y qué.....

—Yo no sé, pero á D.<sup>a</sup> Teresa le están  
pasando doce reales diarios desde ese día.

—Jesús.....! pues es el colmo de.....  
la..... de..... Jesús, hombre!

—Si le digo á V. que el tal D. Pepe.... y  
ahí lo tiene V. muy amigo del señor cura...

—Eso sí, si quiere V. un empeño para el  
señor cura, ahí está D. Pepe. El señor cura  
es capaz de dejarse caer del campanario

por D. Pepe García. Nada menos que en  
lo de la función.....

—Sí?

—Vaya. Pues cuando quería el señor  
cura que viniera el vicario aquel.....

—El padre D. Librado?

—El mismo.....

—Y qué?

—Que D. Pepe metió la mano y á pesar  
de la enemistad que existe entre el señor  
cura y el padre D. Librado..... ahí los  
tiene V. juntos celebrando la misa de tres  
padres, como si tal cosa.

—El padre D. Librado es el de la epístola?

—El mismo.

—Con razón lo quería yo conocer, pero no  
podía yo figurarme que después de lo que pa-  
só, volviera el padre D. Librado á Sta. María.

—D. Pepe..... en todo D. Pepe, y ya  
verá V. lo que está sucediendo en el teatro,  
lo que en los toros. Lo primero que ha he-  
cho D. Pepe ha sido mandar poner las si-  
llas de las H..... en primer término.

—Y las de ca doña Teresa?

—También están juntas.

—Con que la Gualupita va á estar junto á las H.....?

—Vaya! con que hasta Margarita.....  
¿Se acuerda V. de la *gata* de las Gaxiolas?

*Gata* es el nombre con que distinguen á las criadas jóvenes.

—Quién, aquella indita?

—La misma, la de los ojos grandes. Pues ya está con la madre; ya no está sirviendo, y si la viera V. no la conocería. Llevaba unas enaguas de lana, de corte, de esas que tienen flores, y cenefas grandes, y un rebozo de pura seda de á 25 pesos, y zapatos aplomados.

—Mariquita?

—Mariquita.

—Pero hombre.....

—D. Pepe.

—D. Pepe?

—No lo conoce V.; si es capaz de vestir una monja. Pues bien, la Mariquita, quien por supuesto ya es doña Mariquita, va esta noche á la comedia y ya la verá V. sentar-

se junto á Gualupita y las H..... y toda la plana mayor de D. Pepe.

—Y la madre?

—La pobre está muy contenta; ya sabe usted que estas gentes dicen que vale más buen acomodo que mal casamiento, y como hasta muebles tiene ya.....

—Viven por la huerta?

—Sí, donde siempre.

—Con razón la otra noche como á las nueve, me pareció ver á D. Pepe á pié y solo por allí; iba con su plaid colorado y su sombrero bordado de plata.

—Seguro que venía de allá.

—Yo temo que el día menos pensado se arme una.....

—No lo crea usted, si D. Pepe los tiene dominados, y como es tan vivo! porque eso sí, D. Pepe no tiene un pelo de tonto.

Todo esto no era más que un soplo lijero del aura popular en que vivía D. Pepe García. Este es el cacicazgo y éstas son, con variantes más ó menos sustanciales, las costumbres de esos señores de pueblo que

lo son todo; señores para quienes no hay leyes ni costumbres, para quienes no hay sociedad ni vínculos, para quienes se hicieron los pueblos, sus comodidades y sus habitantes.

Viven convirtiéndolo todo en provecho propio, aglomerando elementos de todo género para formarse el pedestal de su grandeza, y al través de las aspiraciones y la reforma social, á pesar del espíritu de progreso y de la sabiduría de nuestras instituciones liberales, el cacique vive en los pueblos practicando un feudalismo jesuítico, y explotando la ignorancia de los que lo rodean; convirtiendo la miseria de los demás en agente de sus aspiraciones, el patrimonio ajeno en tributario de sus pingües rentas; todo lo domina, todo lo invade, todo lo explota; en cada aventura galante cría una raíz perniciosa de inmoralidad en la que procura envolver á los que pudieran perjudicarlo, emparenta con sus enemigos, y único y absoluto, no tolera entidades que puedan ponerse frente á sus intereses y á sus miras.

Si un hombre ilustrado é independiente se para frente al cacique y equiparando su poder moral, su instrucción y sus buenos deseos con las prendas de D. Pepe García comienza á hacerse oír y á rodearse de prosélitos y de descontentos aislados, el cacique estudia un golpe, asesta una difamación, sume al contrincante en un negocio oscuro, le tiende una red, lo envuelve, lo fastidia, lo acosa, lo perjudica, y lo mata ó lo saca del pueblo.

El cacique es el castor de las poblaciones; fabrica sus casas y se procria: cuenta numerosas víctimas en el bello sexo, porque las mujeres no son para él, en todo caso, más que los castores hembras, productoras de castorcitos y consumidoras de las frutas del castor padre.

Si un cacique llega á ver algún día reunidos á sus hijos, se deja besar la mano por el diputado que vuelve al pueblo en el receso de las sesiones, por el peón de la hacienda, por la criada de N., por la mujer del magistrado, por el coronel guerrillero, por

el héroe de una jornada y por el desgraciado que está en capilla como ladrón de camino real cogido infraganti.

El cacique se reproduce en la milpa y en el foro, en la política y en el crimen; pero no forma familia, ni raza, ni hogar. Suele el cacique llegar á ser gobernador de Estado, suele ser diputado y revolucionario; pero por excepción: generalmente el cacique, por grandes que sean sus aspiraciones, transije abiertamente con el atraso de su pueblo, con las preocupaciones de todos, con la incuria y con la pobreza de su hogar; porque todas estas nulidades son su patrimonio: el atraso es su apoyo, la ignorancia su toldo, su superioridad es su garantía y su sostén, y se conforma con ser el número uno entre muchos ceros.

D. Pepe García tenía entre todos sus asuntos uno que era el que más le preocupaba, el más reciente, é indudablemente, uno de los que más le habían conmovido en su vida.

Pondremos al lector al tanto de los pormenores de este asunto, que también por

nuestra parte consideramos más ligado á la historia de nuestra heroína.

Ya hemos manifestado en otras ocasiones que no somos afectos á lo horripilante, y que abandonamos con gusto la tarea de relatar esas escenas de sangre y devastación, y á las que tan repetidas ocasiones han dado lugar nuestras revueltas intestinas; de manera que al tropezar con hechos de esta especie tomaremos de ellos solo la parte que se ligue con el hilo principal de la historia que referimos.

En un día nefasto, de esos días de muerte y de venganza, de crimen y de sangre, acababa de desaparecer para siempre una honrada y rica familia que vivía en una hacienda.

Una terrible banda de criminales acababa de perpetrar una negra venganza en la persona, familia é intereses de un honrado ciudadano, que algunas veces se había defendido heroicamente de los bandidos, que había promovido la persecución de la gaviilla, y que más de una vez se había batido

personalmente con los asaltantes de su hermosa finca de campo.

Ya hacía tiempo que habían sido fusilados algunos de los de la banda aquella; pero la sangre de los tigres humanos no se orea como la de los tigres del desierto; y el jefe de la banda había jurado un día frente á los cadáveres de *sus muchachos*, como él llamaba á sus soldados, que había de acabar á sus manos la raza de quien así se había defendido de ser robado.

Fué así efectivamente; y un día el fuego y la desolación oyeron sus últimas blasfemias.

Por único botín se llevaba el bandido una joven desmayada, hija mayor del dueño de la hacienda, que quedó con vida merced á su desmayo.

Ya iba la guerrilla por el monte después de haber consumado el más espantoso de los asaltos, y dos soldados encargados de custodiar á la joven se habían atrasado del centro de la fuerza.

La joven iba colocada sobre una mula y

los dos bandidos caminaban, el uno tirando del ronzal y el otro picando.

—Todo para el coronel, pensaba el bandido que jalaba la mula.... cargar este engorro para él. ¡Á ver como no se desbarranca la mula y se acaba de llevar el diablo á la pécora!

—¿Qué va hablando, patrón? le dijo al bandido el que picaba.

—Que qué voy hablando?

—Sí.

—Pues..... ¿y á usted qué?

—Adios!

—Á la Virgen.

—Oiga. amo, vámonos parando?

—Eh!..... eh!..... pues usted sí que *deatiro*.

—Ande, amo, vamos á *contestar* usted y yo.

—Y qué tengo yo que contestar con usted? ¡pues ora sí!

—Pues creo que va mal la..... la charrita.

—Y *usted de qué* tan cuidadoso?

—Pos..... yo decía.



—Ande, jale, que ya van lejos.

El que jalaba se paró, la mula hizo lo mismo y el que picaba dijo:

—Adios!..... pues usted sí que..... Y se paró también. Y ahora qué?

—Oiga, amo, vámonos quedando?

—Y para qué es eso?

—Pues..... jalemos *pa el* otro monte con la señora.

—Bonita lucha! En ese caso uno no más.

—Y quién?

—Pues si quiere váyase.

—No, amo, si no soy tan penco.

—Ah! pues ni yo.

—Como dice que uno.....

—Vaya! y los dos qué hacemos?

—Pues yo no jalo, la verdad, vale; no que después de *isponerse* uno, no quiere el coronel que *se saque* ni siquiera maíz, sino que *vámonos!* y «*llévate eso y cuidado,*» y la verdad amigo, no es uno tan *deatiro* que cargue como la mula, y yo como no tengo familia.....

—Y luego agregó, agregó el otro bandi-

do, si nos hubiéramos traído á la otra? ¿y qué se hizo?

—¿Pos no le metió el coronel la espada? *adios; qué no la vido?*

—Y también son *sinrazones*, pues diga usted amigo, pa qué es eso, si ya le pagó el papá con el pellejo, pa qué *testerea* á la muchacha.

—Pues eso es lo que yo digo, sale sobrando, lo mismo que lo de las viejas, pues pa qué las mata?

—Yo si ando en la revolución es por necesidad, ese condenado juez que me tiene puesta la puntería y ni por ofrecerle.....

—Cuál, el de San Pedro?

—Sí, amigo, creará que no ha querido soltar á Justo? y dice que me ha de cojer, ¿pero usted qué dice?

—Que no *tan ainas*, pues qué, es uno tan manco? Y usted por qué no le ha llegado al juez ese?

—En eso anda mi hermano, lo anda espiando por si va á la Concepción.

La joven que venía en la mula presenta-

ba el aspecto de un fardo, estaba toda envuelta en una gran frazada y atada al aparejo de la mula menos cuidadosamente de lo que requería una carga humana.

Esta joven había escapado milagrosamente de la matanza; cayó desmayada en uno de los corredores de la casa al oír el último grito de su padre. El que la conducía en la mula, buscando en aquel cadáver algunas alhajas, había notado que la joven no estaba herida, y no sabemos si por un resto de conmiseración ó por un exceso de infamia, la envolvió en una frazada y la colocó en la mula. Al verla así el jefe, le había dicho al conductor:

—Esta mujer me pertenece. Á ver uno.

Y se había presentado el otro bandido que arreaba la mula.

—Cuidenme eso entre los dos y sigan con todos.

Aquella joven había comenzado á volver en su conocimiento en el camino, con la sensación dolorosa de sus ligaduras, y las primeras palabras que llegaron confusamen-

te á sus oídos, fueron las del diálogo de los dos bandidos.

Al recobrar completamente la sensibilidad, no pudo menos que arrojar un grito.

—Ya lo vé, patrón? dijo uno de los ladrones; viene mal la señora; la compondremos.

Apeáronse los dos conductores y descubrieron á la joven.

—¡Por Dios! dijo ésta, este lazo me corta las manos. ¿En dónde estoy? ¿En dónde está mi padre? ¿Quiénes son ustedes? ¡Socorro! ¡socorro!

—Oiga, niña, no grite, que puede venir gente.

Entre los dos bandidos colocaron á la joven convenientemente.

